

« Un cambalache de la puta madre » . Un carnaval de bárbaros y civilizados en *El otoño del patriarca* (1975), de Gabriel García Márquez ¹

Las alusiones a Colón en la obra de los escritores hispanoamericanos contemporáneos a menudo transmiten ideas en torno a cómo se han construido las imágenes de la civilización y la barbarie en el momento de la conquista. También Gabriel García Márquez en *El otoño del Patriarca* (1975) reflexiona sobre el tema al reescribir una página del diario colombino. Ya que la naturaleza contrapuntual de esta reinscripción exige un itinerario que va desde la lectura del texto matriz al texto que lo revisita, empezaré por presentar el fragmento del diario de Colón, según las pautas de lectura del propio García Márquez, como lo sugieren los rasgos de la reinscripción. Después comentaré ésta, que es un verdadero cambalache que vehicula una visión alternativa y subversiva de la pareja civilización y barbarie.

El fragmento reinscrito por García Márquez procede del *Diario del Primer Viaje* de Colón que conocemos por la síntesis que hizo de él Bartolomé de las Casas quien, en general, cita el texto colombino en discurso indirecto en tercera persona. La primera cita larga entrecomillada en primera persona incluye la descripción que Colón hizo de su llegada a la tierra nueva, con fecha del 11 de octubre. Aunque sea larga, vale la pena leerla, por el estatuto enunciativo especial que tiene en el *Sumario* de Bartolomé de las Casas al ser citada excepcionalmente *in extensis*, pero sobre todo porque García Márquez la usa como intertexto en su novela.

“Yo”, dice él, “porque nos tuviesen mucha amistad, porque cognoçí que era gente que mejor se libraría y convertiría a nuestra sancta fe con amor que no por fuerça, les di a algunos d’ellos unos bonetes colorados y unas cuentas de vidrio que se ponían al pescueço, y otras cosas muchas de poco valor, con que ovieron mucho plazer y quedaron tanto nuestros que era maravilla. Los cuales después venían a las barcas de los navíos adonde nos estávamos, nadando, y nos traían papagayos y hilo de algodón en ovillos y azagayas y otras cosas muchas, y nos las trocavan por otras cosas que nos les dávamos, como cuentezillas de vidrio y cascaveles. En fin, todo tomavan y daban de aquello que tenían de buena voluntad, mas me pareció que era gente muy pobre de todo. Ellos andan todos desnudos como su madre los parió, y también las mugeres, aunque no vide más de una farta moça, y todos los que vi eran todos mançebos, que ninguno vide de edad de más de XXX años, muy bien hechos, de muy fermosos cuerpos y muy buenas caras, los cabellos gruessos cuasi como sedas de cola de cavallos e cortos. Los cabellos traen por ençima de las çejas, salvo

unos pocos detrás que traen largos, que jamás cortan. D'ellos se pintan de prieto, y [d'] ellos son de la color de los canarios, ni negros ni blancos, y d'ellos se pintan de blanco y d'ellos de colorado y d'ellos de lo que fallan; y d'ellos se pintan las caras, y d'ellos todo el cuerpo, y d'ellos solos los ojos, y d'ellos solo el nariz. Ellos no traen armas ni las cognosçen, porque les amostré espadas y las tomavan por el filo y se cortavan con ignorança. No tienen algún fierro; sus azagayas son unas varas sin fierro y algunas d'ellas tienen al cabo un diente de peçe, y otras de otras cosas. Ellos todos a una mano son de buena estatura de grandeza y buenos gestos, bien hechos. Yo vide algunos que tenían señales de feridas en sus cuerpos, y les hize señas qué era aquello, y ellos me amostraron cómo allí venían gente de otras islas que estaban açerca y les querían tomar y se defendían. Y yo creí e creo que aquí vienen de tierra firme a tomarlos por captivos. Ellos deven ser buenos servidores y de buen ingenio, que veo que muy presto dizen todo lo que les dezía. Y creo que ligeramente se harían cristianos, que me pareció que ninguna secta tenían. Yo plaziendo a Nuestro Señor levaré de aquí al tiempo de mi partida seis a Vuestras Altezas para que deprendan hablar. Ninguna bestia de ninguna manera vide, salvo papagayos en esta isla". Todas son palabras del Almirante (1986:63).

El sistema pronominal usado en el fragmento demuestra que el autor primero y narrador Colón integra a los actantes en un esquema oposicional, esquema que, según lo ha demostrado Mary Louise Pratt (1992), estructura todo discurso de los civilizados sobre los bárbaros. El conquistador, desde el primer encuentro, no sólo establece los parámetros de la descripción física y psíquica de 'ellos' sino que no duda un momento de su capacidad de poder interpretar sus señas. Los verbos "conocer", "ver" y "creer" que pertenecen al campo semántico de la percepción física e intelectual se conjugan únicamente en la primera persona, refiriéndose por lo mismo al conquistador.

Esta asimetría en el poder enunciativo e interpretativo entre sujeto y objeto se desdobra en otra ya que el sujeto es una primera persona *singular* al que le hace juego un objeto *plural*. Cabe resaltar que Colón hubiera podido destacar a uno o varios individuos entre los indígenas, que hubiera podido reconocer entre ellos a un portavoz o un cacique; no obstante, no se dirige a ningún individuo sino que 'se entiende' con toda la colectividad de los otros. Se trata aquí de otra distinción entre la representación de los civilizados, que aparecen en el modo individual, y los bárbaros, cuya aparición suele ser indiferenciada.

Ya en esta primera descripción los tópicos de la barbarie se asientan mediante una enumeración –algo encubierta, por cierto- de ausencias. Con ella Colón constata la falta de las variadas formas de mediación simbólica que mediatizan la relación del hombre 'civilizado' con la naturaleza. "Desnudo" es el primer adjetivo calificativo usado por Las Casas en el fragmento que introduce la cita colombina: "Luego vieron gente desnuda" (1986:61); y es el segundo adjetivo (después de "pobre") en la cita de Colón: " Ellos andan todos desnudos como su madre los parió". La temprana mención de la desnudez y la

insistencia posterior en ella constituyen ingredientes medulares en la imagen del indígena como bárbaro inculto, ya que los civilizados andan vestidos, por lo menos desde su expulsión del paraíso. Colón añade aún que los autóctonos se pintan el cuerpo.

La segunda ausencia observada desde esta primera descripción, concierne a las armas. El hecho de que Colón repare en este dato y lo consigne permite deducir que a los indígenas, ya los está viendo como enemigos potenciales, pero también que da su debida importancia a las armas como atributo del hombre civilizado. Finalmente, entre los verbos empleados por Colón para describir a los indígenas o referirse a sus acciones, son ausentes los que pertenecen al campo semántico de la enunciación. Si el Almirante logra comunicarse con ellos o si piensa lograrlo, es porque “le amostraron” cosas. Si hablan, es porque repiten lo que oyen: “muy presto dicen todo lo que les decía”. Pero básicamente es claro que para Colón los indígenas no saben hablar, el sintagma “deprendan hablar” lo indica y remite directamente al origen griego de la palabra « barbarie ».

Los elementos que vienen constituyendo la imagen del indígena contrastan de manera evidente con las características del colonizador que anda vestido, armado y que sí sabe hablar. Demuestra una vez más que los civilizados se definen mediante los otros, los bárbaros, que son la imagen invertida de sí mismos.

Reinscripción

Que ésta sea, poco más o menos, la lectura del diario hecha por García Márquez, se puede deducir de la reinscripción del fragmento. En la novela, el patriarca recuerda un histórico viernes de octubre:

Y contemplando las islas evocó otra vez y vivió de nuevo el histórico viernes de octubre en que salió de su cuarto al amanecer y se encontró con que todo el mundo en la casa presidencial tenía puesto un bonete colorado, que las concubinas nuevas barrían los salones y cambiaban el agua de las jaulas con bonetes colorados, que los ordeñadores de los establos, los centinelas en sus puestos, los paralíticos en las escaleras y los leprosos en los rosales se paseaban con bonetes colorados de domingo de carnaval, de modo que se dio a averiguar qué había ocurrido en el mundo mientras él dormía para que la gente de su casa y los habitantes de la ciudad anduvieran luciendo bonetes colorados y arrastrando por todas partes una ristra de cascabeles, y por fin encontró quién le contara la verdad mi general, que habían llegado unos forasteros que parloteaban en lengua ladina pues no decían el mar sino la mar y llamaban papagayos a las guacamayas, almadías a los cayucos y azagayas a los arpones, y que habiendo visto que salíamos a recibirlos nadando entorno de sus naves se encarapitaron en los palos de la arboladura y se gritaban unos a otros que mirad qué bien hechos, de muy fermosos cuerpos y muy buenas caras, y los cabellos

© CECILLE 2008

Pour citer cet article : Kristine Vanden Berghe « Un cambalache de la puta madre ». Un carnaval de bárbaros y civilizados en *El otoño del patriarca* (1975), de Gabriel García Márquez », in *Lieux et figures de la barbarie*, CECILLE – EA 4074, Université Lille 3, 2006-2008.

(Obligation de citer l'auteur original de cet article ainsi que sa source, interdiction de toute reproduction, modification et de toute utilisation commerciale sans autorisation préalable)

gruesos y casi como sedas de caballos, y habiendo visto que estábamos pintados para no despellejarnos con el sol se alborotaron como cotorras mojadas gritando que mirad que de ellos se pintan de prieto, y dellos son de la color de los canarios, ni blancos ni negros, y dellos de lo que haya, y nosotros no entendíamos por qué carajo nos hacían tanta burla mi general si estábamos tan naturales como nuestras madres nos parieron y en cambio ellos estaban vestidos como la sota de bastos a pesar del calor, que ellos dicen la calor como los contrabandistas holandeses, y tienen el pelo arreglado como mujeres aunque todos son hombres, que dellas no vimos ninguna, y gritaban que no entendíamos en lengua de cristianos cuando eran ellos los que no entendían lo que gritábamos, y después vinieron hacia nosotros con sus cayucos que ellos llaman almadías, como dicho tenemos, y se admiraban de que nuestros arpones tuvieran en la punta una espina de sábalo que ellos llaman diente de pece, y nos cambiaban todo lo que teníamos por estos bonetes colorados y estas sartas de pepitas de vidrio que nos colgábamos en el pescuezo por hacerles gracia, y también por estas sonajas de latón de las que valen un maravedí y por bacinetas y espejuelos y otras mercerías de Flandes, de las más baratas mi general, y como vimos que eran buenos servidores y de buen ingenio nos los fuimos llevando hacia la playa sin que se dieran cuenta, pero la vaina fue que entre el cámbieme esto por aquello y le cambio esto por esto otro se formó un cambalache de la puta madre y al cabo rato todo el mundo estaba cambalachando sus loros, su tabaco, sus bolas de chocolate, sus huevos de iguana, cuanto Dios crió, pues de todo tomaban y daban de aquello que tenían de buena voluntad, y hasta querían cambiar a uno de nosotros por un jubón de terciopelo para mostrarnos en las Europas, imagínese usted mi general, qué despelote (1975: 44-45)

Se ha comentado que en *El otoño del patriarca*, García Márquez señala la enorme dificultad de establecer la verdad por medio de la vista y por los otros sentidos (Palencia-Roth 1984). Al contrario, la realidad se fabrica, la ilusión se crea y la figura del patriarca se mitifica. Esto hace que sea tan llamativa la aparición de la palabra “verdad” con referencia al reporte del súbdito: “encontró quién le contara la verdad”. La palabra adquiere un valor metatextual al referirse al estatuto que García Márquez otorga al relato colombino y un valor autorreferencial al hablar también de la versión alternativa contada en su propia novela. Primero, la palabra “verdad” está cargada de crítica ya que pone en entredicho que la versión de Colón sea la única verdadera de los hechos y desenmascara la falacia representacional de lo que fue establecido en el colonialismo como civilización y barbarie. En este sentido podría sugerir que la versión alternativa del colonizado en *El otoño del patriarca* es la verdadera. Sin embargo, el macronivel del relato, es decir su carácter de reinscripción, paradójicamente muestra que el mundo emerge como un constructo, que la realidad o la identidad de civilizados y bárbaros nunca son reflejadas sino construidas en la representación. La versión ‘verdadera’, por consiguiente y según esta lectura, no sería más que otra versión de los hechos y la intención del autor no sería exponer falsedades ni decir verdades sino indagar los modos por los que se construye la “verdad”, palabra que, entonces, no sólo se carga de crítica sino también de ironía.

© CECILLE 2008

Pour citer cet article : Kristine Vanden Berghe « Un cambalache de la puta madre ». Un carnaval de bárbaros y civilizados en *El otoño del patriarca* (1975), de Gabriel García Márquez », in *Lieux et figures de la barbarie*, CECILLE – EA 4074, Université Lille 3, 2006-2008.

(Obligation de citer l'auteur original de cet article ainsi que sa source, interdiction de toute reproduction, modification et de toute utilisation commerciale sans autorisation préalable)

Ya que esta “verdad” ocurrió cuando dormía, el patriarca pide información sobre los ‘hechos’: cuando se despierta es confrontado con la imagen de sus súbditos vestidos con bonetes colorados, lo que le hace pensar en un “domingo de carnaval”. El lexema “carnaval” refuerza el de “verdad” por su carácter autorreferencial y crítico. En *El otoño del patriarca* el desembarco de Colón se narra como un relato burlesco que desiste de la trágica solemnidad con la que las narraciones de la conquista a menudo se revisten. Porque, incluso si el carnaval inaugura un período de sobriedad, considerado por sí mismo es una fiesta. La aparición del lexema por lo tanto presenta la conquista bajo el signo de la risa y la alegría. Si se enfoca este aspecto de la versión de García Márquez, la voz “carnaval” adquiere valor autorreferencial y se convierte en una seña mediante la cual el propio texto hace patente su carácter de versión alternativa, cómica y lúdica frente a otras versiones de la conquista.

Más que nada, sin embargo, el carnaval de García Márquez presenta el texto colombino al revés, al sacar a la luz sus premisas mediante una serie de inversiones sucesivas que afectan a la identidad de civilizados y bárbaros. Esto es posible gracias al desplazamiento del lugar de la narración y la focalización que, de un conquistador europeo, se desplazan a un sujeto americano, intercambio al que hace eco el lexema carnaval pero también el popular “cambalache” que aparece más tarde en el fragmento. Veamos cómo esta inversión afecta a los temas del habla y de la desnudez.

Del *Primer diario*, García Márquez empieza por tomar prestado el tema de la lengua. Al emplear el verbo “parlotear”, el súbdito rebaja el habla del “forastero” mediante un lexema peyorativo. Mientras que, para Colón, los indígenas no hablaban, en la versión de *El otoño del patriarca* se reconocen varias lenguas y se contraponen dos sinónimos. Sin embargo, las variantes no tienen la misma validez ya que en cada pareja léxica una voz se reconoce como la apropiada mientras que la otra se define como “forastera” y “ladina”. Concretamente, García Márquez confronta dos series léxicas. La primera integra las palabras de origen árabe “almadía” y “azagaya” y “papagayo”, cuyo origen el *Diccionario de la Real Academia Española* califica de incierto pero que es empleada por Colón en su *Diario*. La otra serie incluye dos palabras de origen taíno, “guacamaya” y “cayuco”, así como la palabra “arpón”, cuya etimología es incierta, según lo que se lee en el *DRAE*. El súbdito sugiere que los americanismos tienen un carácter “natural” mientras que la índole de los demás lexemas es la de un producto de importación, es decir que son ... barbarismos.

A la dicotomía entre americanismos léxicos y palabras de uso peninsular viene a añadirse otra entre arcaísmos de géneros y usos actuales. “El mar” y “el calor” se encuentran en el paradigma de los americanismos mientras que “la calor” y “la mar” se catalogan entre los lexemas peninsulares. Este anacronismo dentro del anacronismo de la reinscripción del diario de Colón no sólo puede leerse como una parodia del diario de Colón y de las maneras en las que construye la otredad lingüística en términos de barbarie sino que pueden interpretarse asimismo en función de la situación lingüística que, hasta hace poco, imperaba en el ámbito hispánico y que también distinguía entre civilizados y bárbaros o hispanohablantes que hablaban correctamente (los españoles) y otros a quienes apenas se entendía (los hispanoamericanos). Conocemos las dificultades encontradas por el escritor colombiano, aún no consagrado, de publicar en España, debidas entre otros factores a su uso no acomplexado de voces americanas. Es como si García Márquez tomara simbólicamente revancha al asociar las voces españolas “correctas” con el pasado y al proclamar el valor que significan para el presente los supuestos barbarismos americanos.

El texto colombino que construye la barbarie desde una mirada europea, es asediado desde todos los ángulos posibles y García Márquez lo utiliza también para tejer una versión carnavalesca sobre la oposición vestido/desnudo. Desde la perspectiva de Colón, la desnudez y la pintura corporal de los indígenas demostraban su falta de civilización, se veían como una ausencia de signos mediadores entre el hombre y la naturaleza: “Ellos andan todos desnudos como su madre los parió”. La frase se vuelve a producir en boca del súbdito, con una sola transformación: “desnudos” cambia en “naturales”: “estábamos tan naturales como nuestras madres nos parieron”. La mínima sustitución léxica tiene un significado mayor ya que desplaza los referentes de la barbarie por otros, ecológicos, desplazamiento que se efectúa de manera más explícita unas líneas antes cuando el súbdito afirma que la pintura del cuerpo sirve para protegerse del sol.

Tras evacuar la voz “desnudo” y descartar sus implicaciones de barbarie, la reinscripción se ocupa de redefinir la “civilización” de los conquistadores decentemente vestidos. Si la barbarie se redefine como actitud ecológica, la civilización se desenmascara como inadecuación al medio natural. El patriarca recuerda que el súbdito le reportó que los forasteros: “estaban vestidos como la sota de bastos a pesar del calor”. Los conquistadores establecen, por consiguiente, relaciones totalmente inadecuadas con el ecosistema que los rodea. De hecho, la vestimenta europea no sólo se critica como inadaptada sino que incluso se asimila a la desnudez. Esto es irónicamente sugerido por García Márquez en la voz que

clausura la reinscripción: “despelote”. Con este sustantivo el súbdito califica la voluntad de los forasteros de cambiar a un indígena por un jubón de terciopelo para mostrarlo en “las Europas”. Aquí el autor sugiere que lo que es civilizado en una contexto no lo es necesariamente en otro. El jubón de terciopelo -vestido y material de lujo en Europa- en otra notación geográfica se asocia con la desnudez, con un striptease, un desplumar de aves. La asociación de ambos lexemas permite reparar en la índole relativa y al mismo tiempo en la falsedad de muchos valores supuestamente civilizados. La inversión total y cómica de los presupuestos del texto colombino causa el deleite de los lectores por ser un verdadero despelote que hace tronchar de risa. Una vez más, la réplica paródica a Colón puede leerse como un comentario con el que García Márquez se refiere a su propio texto.

De esta manera, cambalache, carnaval y despelote funcionan en un solo paradigma semántico y sugiere que no existe una sola verdad sobre lo que es civilización y barbarie. Si bien el relato del ‘yo’, mediante el desplazamiento de la focalización, propone una *inversión* de la política imperial de la representación, es al mismo tiempo una *subversión* grotesca de distintos discursos sobre la conquista y establece una relación compleja tanto con el texto matriz como con otras versiones de los vencidos.

Bibliografía

Colón, Cristobal, *Los cuatro viajes. Testamento*, Alianza, Madrid, 1986. Ed. De Consuelo Varela.

García Márquez, Gabriel, *El otoño del patriarca*, Sudamericana, Buenos Aires, 1975.

Palencia-Roth, Michael, "El círculo hermenéutico en *El otoño del patriarca*" in *Revista Iberoamericana*, 128/129, 1984, pp.999-1016.

Pratt, Mary Louise, *Imperial eyes: Travel Writing and transculturation*, Routledge, London, 1992.

Notas

¹ Esta es una versión abreviada y reescrita en función del tema civilización/barbarie de un texto -"El *Diario* de Colón en *El otoño del patriarca*"- que publiqué en *Nueva Revista de Filología Hispánica* (LIII/2, 2005).